

A Mari

(Excursión a Peña la Cruz)

- | | |
|--|--|
| I | VI |
| El viento, el viento...
la cumbre, la fuente,
y el cielo abierto. | El aire te dibujaba
al ponerte la «rebeca»
sobre la roca escarpada. |
| II | VII |
| Tan armoniosa, tan clara,
tú en medio del horizonte
con tu falda colorada. | Qué dulce el sol de la «foto»
al enfriarse el crepúsculo
en los alcores remotos. |
| III | VIII |
| Trotaban potros sin doma,
al par que los alcotanes
cortejaban a la loma. | Ya las vacías botellas
y los papeles de plata
esperaban las estrellas. |
| IV | IX |
| Mientras tú en el césped sueñas,
despeinadas por el viento
las nubes fingén doncellas. | Sonaba a tarde apagada
cuando entramos en el bosque
una música lejana... |
| V | X |
| Y qué bellas tus palabras
fluyendo de tu sonrisa
al unísono del agua. | Las radios de los hoteles
llegaban hasta la senda
donde tu pañuelo verde. |
| XI | |
| Y tus talones ligeros
para siempre se han quedado
caminando en mi recuerdo. | |

GERMÁN SIERRA



¡ORDEN SEÑORES POETAS!

MUCHO me temo que Apolo tenga que movilizar otra vez sus huesos y empeñar la segunda batalla del Parnaso. Lo siento por las venerables sombras de Berceo, el Arcipreste, Santillana, Manrique, Garcilaso y tantos más que tendrán que embrazar la adarga y enristrar el lanzón para acometer a la turba de escritores que emborronan de tinta las faldas del monte famoso; pero es tanta la osadía de los esgrimidores de pluma que ya se atreven a babear en los impolutos mantos de las Musas. Y esto no lo puede consentir el dios.

Con dificultad me libraré yo mismo de algún trompiconcillo, pero tengo la esperanza de que algo me perdonarán, en gracia al papel de ganso del Capitolio que voluntariamente me asigno y a este primer graznido de alarma en la fortaleza.

Los dioses del Parnaso suelen ser bastante confiados; pero todos los síntomas indican que la tensión aumenta peligrosamente. Pruebas al canto.

Hace unos días paseaban los moradores por los deleitosos jardines de la mansión, cuando cierto objeto voló por encima de las tapias y fué a caer en un macizo de nardos. Acudieron llenos de curiosidad, sobre todo las Musas, que, a pesar de su edad respetable, gustan todavía de recibir buenos versos de los poetas terrícolas, y comprobaron que se trataba de un tomo en cuya portada se leían estos datos: Gorgonio Latón y Tostón—Mendrugos Poéticos—. Se disponían a abrirlo para satisfacer su eterna gazuza de ambrosía, cuando llegó Garcilaso, más experimentado en artes de guerra, y gritó con voz de trueno:

—¡Tenéos, fermosas señoras y magníficos caballeros, si no queréis perder la vida miserablemente! ¿No véis que éste, en apariencia inofensivo libro, es una terrible arma diabólica? ¡Fuid presto y catad refugio antes de que estalle y siembre en redor la desolación y la ruina!

Todos buscaron salvación tras unos sólidos canchales que por allí había, y apenas lo lograron cuando atronó el aire una terrorífica explosión y empezaron a volar pedruscos tamaños y a caer tronchados corpulentos árboles. Cuando a los diez minutos, y un tanto medrosicos, se atrevieron a salir, sus ojos atónitos contemplaron un paisaje lunar: tal fué el poder destructor de aquel artefacto en estrofas.

Ante la gravedad de los acontecimientos Apolo convocó un consejo extraordinario. En él, como en las corporaciones humanas, se habló a destajo, se perfilaron planes por docenas, se propusieron

medidas por centenares... y no se hizo nada. La alegre compañía de las Letras, sumida por los siglos en sus risueñas fantasías, es incapaz de tomar en serio nada que no sea su propia vida interior; y el tremendo aviso, en lugar de aleccionarles para el futuro, sólo sirvió de leña a sus ebullentes cascós. A las cuarenta y ocho horas ninguno de aquellos seres felices ensombrecía su espíritu con el recuerdo.

Volvieron los paseos por las umbrosas alamedas y las sabrosas pláticas cabe las fuentes que manan néctar y miel hiblea. Y así transcurrían los días plácidos y las horas felices, hasta que un atardecer...

Fué terrible. Tan terrible que costó una baja en el benemérito cuerpo de las Musas.

Paseaba Erato solitaria, calibrando un madrigal recientemente llegado por correo interior y firmado por un tal Gutierre de Cetina, cuando una bolita minúscula, venida Dios sabe de dónde, le acertó en plena sien y la pobre cayó para no levantarse más.

Oh, desgracia inmensa; oh, pérdida irreparable! ¿A quién dedicarán en adelante sus logomaquias, acertijos, cábalas y crucigramas los poetas modernistas, futuristas, superrealistas, subrealistas, simbolistas, existencialistas y demás feroces versificadores? Y por otra parte, ¿cómo van a guardarse dentro tanto aguarrás, con evidente riesgo de que se les inflame y estallen como un triquitraque?

Poco después otro paseante tropezó con el cuerpo exánime de la infeliz. A las voces de alarma acudieron los moradores y se armó un guirigay indescriptible. Todo eran carreras, órdenes, lamentos y gritos airados, y nadie hacía nada a derechas; hasta que llegó Minerva, con su inseparable mochuelo, y su sola presencia bastó para ordenar tan lamentable confusión.

—Veamos. ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Oh, diosa insigne! ¡Venganza, venganza!

—Dejaos de vociferar y averigüemos lo ocurrido. ¿Está muerta?

Se acercó Hipócrates al cadáver, le tomó el pulso y al cabo de unos segundos sentenció:

—Ha estirado la pata.

—¿Cómo se entiende? ¿No os avergüenza usar de voces tan plebeyas e impropias de un inmortal?

—¡Perdón ¡oh diosa! Es la costumbre.

—Bien, bien; que no vuelva a ocurrir. Traigan luces y busquen por todos los rincones hasta que aparezca el arma homicida.

Diéronse todos a la busca con inusitado ardor y breves instantes después se presentó uno de ellos mostrando la bolita de marras en la palma de la mano, que presentó a Minerva.

—¿Será esto?

Ni que decir tiene que, a pesar de la tragedia, la carcajada fué unánime y estrepitosa. ¿Cómo aquello podía ser la causa inmediata de un musicidio? A no ser que Erato tuviese la mollera demasiado blanda... Pero las risas cesaron y la opinión mudó radicalmente cuando al pasar la bolita de mano en mano (como la «farsa moñea»), comprobaron que pesaba más que ningún metal conocido, hasta el

punto de casi agujerear la palma que la retuviere más de la cuenta. Vieron, sorprendidos, que la bolita estaba formada por capas superpuestas, y entonces la pusieron sobre un guijarro plano y empezaron a desliarla con el mismo cuidado con que se extrae el veneno de las glándulas de una serpiente de anteojos. Cuando estuvo totalmente extendida vieron que estaba escrita, y el más cercano leyó lo que sigue:

En el nombre de todas las criaturas
—ángeles, demonios y galápagos—

te invoco, salamandra cíclica,

para que me atornilles el protoplasma,

en proyección helicoidal

hacia el ecuador del plano astral.

Y luego apiles grandes acorazados

sobre el cráneo de los planetas,

como cartuchos de pesetas

en el mostrador de los dioses alados.

(¿No ves que la rosa de los vientos

se muerde como perro hidrófobo

y en cada bocado se lleva

pedazos de mi canícula?)

Las aguas subterráneas y turbias

de la soledad riegan las esfenoides.

Mis ojos horadan el infinito,

como clavos en la pared,

hasta tropezar con un ladrillo.

Entonces retrocedo y me encierro

en el cofre del Cid,

y doy gritos de angustia:

¡No retuerzas mis brazos, espíritu,

que quiero estrechar cuarenta siglos

como las pirámides de Egipto!

La lectura obró sobre los oyentes como un violento traumatismo. Al terminar, casi todas las damas estaban desmayadas, entre los caballeros atacaron con pertinacia los dolores de muelas y oídos, y no faltó alguna demencia fulminante o memez a perpetuidad.

Cuando se recobraron de su estupor instaron a Fray Luis a que lo leyese otra vez para ver qué sacaba en limpio. El buen agustino accedió a ello, y a cada renglón se le iban subiendo más las cejas, que al fin se confundieron con el cerquillo. Al cabo de unos minutos que tardó en volver en sí, declaró que mientras leía había tenido una espantable visión infernal.

Probó después Góngora, y tras larga meditación habló así: «Avergüenzome de que los poetas del día me dejen en mantillas, pues si yo soy oscuro éstos son negros, y mi Polifemo al lado de esto es una radiante alborada de julio».

Lo intentaron luego un escribano y un director de manicomio que allí estaban de visita; el primero declaró a continuación su propósito de entrar en la Trapa, y el segundo se volvió a su establecimiento para ingresar como pupilo.

En vista de ello decidieron que aquello no podía ser obra de ningún habitante de la Tierra, y que debió venir de algún planeta lejano donde el «homo sapiens» se hallase aún en tan rudimentario estado de civilización que no produjere más que ideas incoherentes. Y por si la Ciencia podía dar alguna ley donde las Letras no daban chispa, enviaron aquello al laboratorio de alquimia para que fuese minuciosamente analizado. Quince días después Apolo recibió la fórmula, que copiada literalmente es así:

Vitriolo 5 partes
Cianuro 10 »
Dinamita 15 »
Plomo 20 »
Poesía pura 50 »

Al conocer este resultado el dios rubio se encerró en sus habitaciones, con orden de que nadie le molestase. Una semana después apareció un decreto por el tenor que sigue:

«Convencidos por triste experiencia de que la paz y prosperidad de esta República de las Letras pueden verse amenazadas por la agresión exterior o la subversión interna, con grave detrimento de la armonía que siempre brilló entre sus miembros y menoscabo de la buena fama ante la posteridad, vengo en decretar:

Artículo primero.—Queda prohibida, bajo severísimas penas, la producción, manipulación y tenencia en todo el territorio del Parnaso, del explosivo llamado poesía pura o deshumanizada.

Artículo segundo.—Desde hoy se reforzarán las guardias exteriores de la muralla para evitar la entrada clandestina de tan peligrosa sustancia.

Dado a tantos; de tantos, etc., etc.—Apolo».

Y la paz reinó en el Parnaso.

EUGENIO PAYO

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

GLOSA

CORRO ARROYANO

Ya gira, rítmico y lento,
trenzando el corro su danza...
Ya eleva su argentería
un romancillo de plata...
Una voz va desgranando,
como rosario de nácar,
los versos que el romancero
puso en los labios de grana
de las bellas amadoras
que suspiran y que cantan...

¡Bellos corros antañones,
—de un pueblo su bella estampa—,
que permiten ver mujeres
tan graciosas y reguapas
que en la retina se fijan
y para siempre se graban...!

La bella policromía
de sus refajos de grana,
rojo, azul, verde, amarillo,
—matizado por la gama
de los colores del iris
que sus bordados realzan—,
le dan garbo y bizarría
y, de señora, prestancia.
Son sus pañuelos castizos
de mil colores, de manta,
de manila señoril
o bordada tela blanca;
jubón de raso labrado,
blanca y límpísima enagua,
mandil de raso o de seda
con caladísimas randas,